



El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

Los turistas españoles en el Kairouan colonial: una élite intelectual

José Luis Villanova
Universitat de Girona

1. Introducción

El desarrollo del turismo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente los viajes a las regiones consideradas «exóticas», fue una actividad característica de la burguesía europea. Sin embargo, en España, el más escaso y tardío desarrollo de dicha clase social motivó que este tipo de viajes fuera más limitado que en otros países de Europa occidental, y no se generalizara, relativamente, hasta la década de 1920.

En las primeras décadas del siglo XX, diversos factores se añadieron a la afición que existía por «Oriente» en Europa desde finales del siglo XIX y provocaron el estallido de una verdadera pasión por aquellas regiones en España, que se traduciría en un incremento considerable de los viajes: el afianzamiento de las estructuras coloniales, contribuyó a incrementar la sensación de seguridad, impulsar las infraestructuras turísticas y promocionar el turismo; la proliferación de las agencias de viaje¹; la organización de cruceros que recorrían el Mediterráneo; el desarrollo de los medios de transporte, así como una cierta reducción de los precios de los billetes, que permitieron a una franja mayor de la burguesía poder imitar las prácticas viajeras reservadas antes a una minoría privilegiada²; la proliferación de noticias de viajes en las publicaciones periódicas; la creciente influencia del cine –recordemos, por ejemplo, las imágenes de Babilonia en el film *Intolerance* (1916) de

¹ La primera agencia de viajes española, Viajes Marsans, se fundó en 1910 en Barcelona.

² En 1926, el periodista Vicens Coma Soley explicaba que viajar desde Barcelona a Alejandría o Port-Said era casi tan fácil como hacerlo a la isla de Mallorca. A mediados de la década de 1930, Antonio Pérez de Olaguer comentaba que la vuelta al mundo estaba al alcance de las más diversas clases sociales: comerciantes, científicos, pintores, poetas, ciudadanos, etc. Y, en 1935, Guillem Díaz-Plaja consideraba que las agencias de viajes habían hecho «deliciosamente sencillo, el queridísimo riesgo del viaje». Véanse Coma Soley, 1926; Pérez De Olaguer, 1934; y Díaz-Plaja, 1935, p. 7, respectivamente.

D. W. Griffith, *The Ten Commandments* (1923) de Cecil B. De Mille o los reportajes cinematográficos y los informativos semanales de las grandes productoras, como las francesas Pathé Frères y L. Gaumont et compagnie o la alemana UFA, con imágenes de todos los rincones del mundo—; las numerosas traducciones de libros viajes y de obras de contenido orientalista; o, incluso, la edición de folletos de viaje españoles³ y el desarrollo de una literatura de viajes propiamente hispana⁴.

Este tipo de viajes adquirió una relativa importancia entre 1920⁵ y 1936; año en que se inició la Guerra Civil española (1936-1939). Este conflicto bélico, la II Guerra Mundial (1939-1945) y el aislamiento internacional (1946-1950) a que estuvo sometido el régimen del general Franco limitaron extraordinariamente los viajes turísticos de ciudadanos españoles a regiones «exóticas» durante la época colonial, con la excepción de los realizados en las exiguas posesiones de España en África.

Entre los viajes a destinos «exóticos», cabe destacar la proliferación de desplazamientos a Oriente Próximo y el Magreb. Los primeros se explican, en gran parte, por la organización de peregrinaciones cristianas a Palestina. Los peregrinos, muchos de los cuales tenían también un interés lúdico y cultural por el mundo arabo-musulmán, solían realizar un cruceo por el Mediterráneo visitando también Grecia, Turquía y Egipto⁶. A su vez, la atracción por el Magreb se debía al interés por descubrir los genets de vie y los monumentos de las sociedades arabo-musulmanas, las bellezas naturales de las montañas y el desierto y los restos arqueológicos de las civilizaciones pre-islámicas, de unos territorios próximos a la Península Ibérica.

³ José Blass y Cía. editó *Programa para visitar Egipto y el Nilo* en Madrid en 1909. véase Martín Corrales, 2006.

⁴ Escudero, 2002; Riudor, 2008.

⁵ Para el caso de Túnez, y con anterioridad a 1920, sólo se ha localizado información de un viaje de carácter turístico a Túnez: el efectuado por el historiador Joaquim Miret i Sans en 1909. Si bien puede considerarse como turístico, el motivo principal del desplazamiento fue localizar la tumba del fraile renegado mallorquín Anselmo Turmeda. Véase Miret i Sans, 1910.

⁶ Por ejemplo, en 1907, dos cientos turistas españoles viajaron a Palestina y, en 1914, un barco zarpó del puerto de Barcelona con otros dos cientos peregrinos con destino a aquella tierra. En ambos casos, los barcos hicieron escala en Egipto. Véase Martín Corrales, *op. cit.*

Pero no todo el Magreb fue visitado con la misma intensidad. Los turistas españoles se dirigieron en un número muy superior a Marruecos y Argelia que a Túnez⁷. Seguramente, esta circunstancia pudo deberse a la mayor proximidad de los dos primeros destinos, a la existencia de más comunicaciones marítimas desde España y Francia con ambos territorios, y a la consolidación de un protectorado y una administración colonial españoles en el norte de Marruecos desde 1927.

Pero si escasos fueron los españoles que viajaron a Túnez—en la mayor parte de las ocasiones como prolongación de sus desplazamientos a Argelia o como una escala de los cruceros que recorrían el Mediterráneo⁸—, aún en menor número se acercaron a Kairouan.

La elección de los viajes turísticos a esta ciudad como objeto de estudio obedece a dos razones fundamentales, sobre las que se volverá más adelante. Por una parte, Kairouan puede considerarse una de las «puertas» del desierto del Sahara en Túnez. Por otro, Kairouan, fundada por Uqba ben Nafi en 670, como base militar para la conquista islámica del Magreb, fue la prestigiosa capital de las primeras dinastías musulmanas, residencia de príncipes y ciudad santa. En 711 ya era la capital jurídico-administrativa de la provincia del Magreb del Imperio árabe y, a partir del siglo IX, en el contexto de las pugnas internas de la religión musulmana, la ciudad «unificó ideológicamente a toda la sociedad magrebí, especialmente a la urbana» en torno a la escuela *malikí* de jurisprudencia islámica; una de las cuatro escuelas propias del sunnismo y la predominante en el Magreb. Siendo «la ciudad islámica por excelencia en los inicios del Magreb islámico», y antes de entrar en crisis a mediados del siglo XI, se conformará como «un modelo de centro comercial, de capital intelectual, de arquitectura urbana». Posteriormente volverá a ejercer un importante papel como centro de irradiación islámico gracias a la importancia de sus cofradías y *zawiyas*⁹.

⁷ Véanse García-Romeral Pérez, 1995 y 1997.

⁸ Por ejemplo, véanse los casos del escritor Vicens Coma Soley, que efectuó una escala en la ciudad de Túnez durante un crucero por el Mediterráneo en 1926, o del impresor y escritor Miquel Josep i Mayol y el ingeniero Josep Bartomeu i Granell, quienes prolongaron sus viajes por Argelia para visitar algunas zonas del país, a finales de la década de 1920 y en 1935, respectivamente. Véase Villanova, 2006.

⁹ Laroui, 1995, pp. 115, 116 y 242-243.

2. Turistas españoles en el Túnez colonial

Como ya se ha señalado, el número de turistas españoles que visitaron Kairouan fue muy reducido, y aún sería más escaso de no haberse producido un acontecimiento que podemos calificar de extraordinario: el crucero universitario por el Mediterráneo de 1933.

En 1931, al proclamarse la II República en España, la situación de la enseñanza universitaria era muy mala y Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, dedicó enormes esfuerzos a impulsar una reforma de la Universidad; aunque su proyecto de ley no fue aprobado por el obstruccionismo de la oposición parlamentaria. Sin embargo, sí que se materializaron algunas de las medidas que presentó para dinamizar la Universidad española. El 20 de marzo de 1933, de los Ríos propuso al Gobierno organizar un crucero de estudios por el Mediterráneo en el que los participantes visitarían los lugares clásicos de la cultura antigua. Con esta iniciativa, «se trataba de ofrecer a los estudiantes una lección viva de arte y de historia [...] Se quería, además, ensanchar su horizonte, librarlos del resto inevitable de provincialismo y convertirlos en auténticos universitarios»¹⁰. La idea fue aprobada y la organización recayó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. En el crucero viajaron cerca de 200 profesores y alumnos de las facultades de Filosofía y Letras de las universidades de Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Valladolid y de las escuelas de Arquitectura de Madrid y Barcelona, que fueron seleccionados por sus méritos académicos, en el caso de los profesores, y por el rendimiento en los cursos, en el de los estudiantes. A quienes no podían sufragar los gastos del viaje se les concedieron becas. Al frente de la expedición se encontraba Manuel García Morente, decano la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El buque seleccionado, la motonave Ciudad de Cádiz, zarpó del puerto de Barcelona el 15 de junio de 1933, realizó las dos primeras escalas en Túnez, el día 17 de junio, y Susa, el día siguiente —desde donde los viajeros se desplazaron a Kairouan aquel mismo día—, y continuó su travesía por el Mediterráneo, deteniéndose en Malta, Egipto, Palestina, Creta, Rodas, Turquía, Grecia continental e Italia, antes de regresar a Barcelona¹¹.

¹⁰ Del Real, Marías, Granel, 1934, p. 4.

¹¹ Gómez Moreno, 1995 y Gracia Alonso, Fullola i Pericot, 2006.

Junto a este desplazamiento, también hay que reseñar otro viaje colectivo de turistas españoles al Túnez colonial, aunque su carácter era muy diferente. Una nutrida expedición se dirigió a Túnez, a bordo de la motonave Príncipe Alfonso, para asistir al XXX Congreso Eucarístico Internacional de Cartago en 1930¹²; pero muy pocos peregrinos recogieron sus experiencias del viaje por escrito y, además, no visitaron Kairouan¹³.

Al margen de estos dos masivos viajes, apenas hubo otros turistas españoles que llegaran a Túnez en la época colonial y que se acercaran a la ciudad de Kairouan. Sólo tenemos constancia de dos que viajaron por su cuenta: Lluís Nicolau d'Olwer (1924) y Joan Roig i Font (1927). El primero había recibido el encargo de preparar una edición crítica de la *Crònica* de Ramón Muntaner; uno de los textos historiográficos medievales más importantes de la cultura catalana que exalta los reinados de los soberanos de la Corona de Aragón entre 1208 y 1328 y la expansión catalana por el Mediterráneo. Para que la edición fuera impecable, y con objeto de documentarse y comprobar las informaciones geográficas, viajó a Sicilia, Malta y Túnez. El viaje de Joan Roig, por Argelia y Túnez, fue de carácter estrictamente turístico y la motivación principal fue poder contemplar los numerosos monumentos de las épocas púnica, romana, bizantina y arabo-musulmana.

3. Los turistas españoles que visitaron Kairouan

Se han localizado relatos de la visita a Kairouan de siete participantes en el crucero universitario y de los dos personajes recién mencionados. Hay muy pocos datos del barcelonés Joan Roig, de quien apenas se sabe que fue miembro del *Centre Excursionista de Catalunya*, realizó numerosas excursiones por Aragón y Cataluña, pronunció conferencias de sus experiencias viajeras y escribió algunos artículos divulgativos en el *Butlletí* del Centre Excursionista de Catalunya¹⁴; pero sí se sabe bien quiénes fueron el resto de los turistas, pues eran o serían destacadas figuras de la política, la ciencia, las artes o la literatura españolas.

¹² Martín Corrales, *op. cit.*

¹³ Véase, por ejemplo, Pijoan, 1930.

¹⁴ Entre otras muchas actividades, las asociaciones excursionistas catalanas promovieron activamente los viajes a regiones «exóticas», entre ellas el Magreb, en las primeras décadas del siglo XX. Véanse Villanova, 2006 y 2008.

Seis de ellos se doctoraron en Letras (Lluís Nicolau d'Olwer y Guillermo Díaz-Plaja), Historia (Francesc Esteve Gálvez y Jaume Vicens Vives) o Filosofía (Julián Marías y Carlos Alonso del Real y Ramos). Y, entre ellos, tres fueron catedráticos de las universidades de Madrid y Barcelona (Carlos A. del Real, Nicolau d'Olwer y Vicens Vives). Los otros dos, no llegaron a obtener el doctorado pero recibieron el Premio Extraordinario en sus respectivas licenciaturas (Esmeralda Gijón Zapata y María Elena Gómez Moreno).

Su posterior trayectoria académica, intelectual y política, en algunos casos, fue brillante, como lo demuestran los siguientes ejemplos. Lluís Nicolau d'Olwer presidió la *l'Union Académique Internationale*, y fue miembro del consejo del *Comité International des Sciences Historiques*, ministro de Economía y director del Banco de España; Guillermo Díaz-Plaja fue miembro de la Real Academia Española y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y dirigió el Instituto Nacional del Libro Español; María Elena Gómez Moreno fue miembro de la *Hispanic Society* de Nueva York y directora de la Casa y Museo del Greco de Toledo; y Julián Marías fue miembro de la Real Academia Española, senador por designación real en 1977 y el único español integrante del Consejo Internacional Pontificio para la Cultura, cuando éste fue creado por el papa Juan Pablo II en 1982. Por su parte, Francesc Esteve Gálvez recibió numerosas distinciones españolas por sus excavaciones arqueológicas y por sus trabajos para recuperar el patrimonio artístico; Esmeralda Gijón Zapata fue discípula del prestigioso arabista Miguel Asín y Palacios y obtuvo una beca del Gobierno persa para profundizar en la documentación sobre los manuscritos persas conservados en el Palacio Real de Madrid y traducir *Shahnameh* -la gran obra del poeta Abul Qasem Ferdousi- al español; Carlos Alonso del Real fue sub-comisario general de Excavaciones Arqueológicas; y Jaume Vicens Vives fue introductor en España de nuevas corrientes historiográficas europeas, en particular la **École des Annales**, organizó el Centro de Estudios de Historia Internacional, y fundó las revistas *Estudios de Historia Moderna* y el Índice Histórico Español.

Los participantes en el crucero eran alumnos aventajados, pero durante el mismo también recibieron información específica de los lugares que iban a visitar en conferencias que impartían los profesores que les acompañaban en el barco. Éstos pronunciaron cinco conferencias

sobre Túnez y Manuel Gómez Moreno, catedrático de Arqueología Árabe de la Universidad de Madrid, dedicó una a Kairouan¹⁵. Gómez Moreno destacó que diversas civilizaciones europeas habían pasado por Túnez (Romana, Vándala, Bizantina, etc.), pero que solamente había arraigado y resistido la civilización islámica. También se refirió a la situación geográfica del África mediterránea; circunstancia que la convertía en «el camino por el que Oriente llega a España y va lo Occidental a Asia». A continuación pasó a exponer brevemente la historia de Kairouan —fundada por los árabes expulsados de Medina, a la cabeza de los cuales iba Uqba ben Nafi, quien construyó la primera mezquita de Occidente— y a comentar que de ella partió Musa ben-Nosair a la conquista del reino godo de la Península Ibérica. Gómez Moreno también explicó que, en el siglo IX, la dinastía de los aglabitas fijó su capital en la ciudad y reconstruyeron la mezquita de Sidi Uqba, que presenta numerosas influencias de la mezquita de Córdoba; construida 50 años antes por Abderrahman I. Sin embargo el conferenciante aclaró que «la originalidad de Córdoba, los arcos de herradura en función de tirantes, no se mantiene, sustituidos por vigas de madera que rompen feamente la perspectiva vertical del espacio, -al restaurarla las vigas de madera fueron sustituidas por tirantes de hierro-. Las cúpulas y arcos, [son] anteriores a los de Córdoba, pero más pobres». Asimismo, para demostrar que Kairouan se encuentra en el «punto medio entre Oriente y Occidente» mencionó que en la mezquita también se apreciaban influencias de Bagdad en los azulejos dorados o en la carpintería. Por último, se refirió brevemente a las otras dos mezquitas de la «ciudad santa de Occidente» que tenían previsto visitar: las de las Tres Puertas, «de escaso valor», y la del Barbero, «con espléndidos azulejos»¹⁶. Estos comentarios y, probablemente, los efectuados por otros profesores se reflejarán claramente en los textos de los participantes en el crucero.

Teniendo en cuenta su formación académica y su posterior trayectoria, se puede afirmar que estos viajeros no eran los típicos turistas burgueses, más o menos cultivados, sino personas con una elevada formación cultural, o

¹⁵ Es muy posible que Elías Tormo, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Madrid, también se refiriera a Kairouan en la conferencia en la que presentó monumentos y planos de ciudades de Túnez. Véase Gómez Moreno, *op. cit.*

¹⁶ Gómez Moreno, *op. cit.*, pp. 413 y 414.

en proceso de alcanzarla. Por esta razón, sus observaciones, comentarios y reflexiones sobre Kairouan pueden proporcionar numerosas pistas sobre la percepción que tenían los intelectuales y académicos españoles de la época sobre la «ciudad santa» del Magreb.

No se ha podido comprobar que el noveno protagonista, Joan Roig i Font, perteneciera a esta élite ilustrada pero se había documentado ampliamente antes de iniciar el viaje y había consultado obras de Georges Marçais —*Manual d'Art Musulman*—, Adolf Schulten —*L'Afrique Romaine*—, René Cagnat y Paul Guackler —*Les Monuments Historiques de la Tunisie*— o Luc Carton —*Ruines de Thugga*—, entre otros¹⁷. Por lo que su relato también contiene numerosos comentarios cultos y referencias de carácter académico.

4. Túnez en los relatos y diarios de viaje de los turistas españoles

Como han señalado diversos especialistas, los viajeros y turistas españoles que se desplazaban a regiones arabo-musulmanas solían reflejar en sus relatos muchos de los tópicos orientalistas predominantes en la época: la búsqueda obsesiva del exotismo, de espacios soñados, de geografías imaginarias en las que debían cumplirse expectativas alimentadas por lecturas previas; la profunda admiración y respeto por el desierto a causa de su inmensidad, el peligro y la imposibilidad de controlarlo; la variedad y belleza de los paisajes y los contrastes entre ellos; la tendencia a buscar el pasado pre-islámico y comparar lo que descubrían con monumentos y lugares de su país de origen—comparaciones que, en algunos casos, reflejaban un cierto menosprecio con lo observado durante el viaje—; las descripciones estereotipadas de la sociedad, que incluyen comentarios peyorativos y degradantes, reflejo de la concepción occidental de la religión musulmana y la cultura islámica y de la sensación de superioridad moral de la civilización occidental; o las descripciones en las que dibujan el atraso de estas poblaciones, estado que les sirve para reclamar una modernización que incluya la adopción de la técnica y la cultura occidentales y de las que se desprenden un apoyo a la acción colonial —aunque algunos desearían que esta

¹⁷ Roig i Font, 1930.

modernización no afectase a las formas de vida que les resultan atractivas —¹⁸.

Nuestros protagonistas no escapan a esta corriente y recogen muchos de estos tópicos en sus relatos. Así, el deseo de encontrar un ambiente exótico es evidente entre los cruceristas cuando, tras desembarcar en La Goulette se sintieron desengañados: «las mentes que añoraban una cierta idea de África se vieron decepcionadas, donde esperaban ver camellos, desiertos y bellas huríes, encontraron una ciudad totalmente europea en la que tan solo la heterogeneidad de sus habitantes recordaba al viajero el lugar en el que se encontraba»¹⁹. Carlos A. del Real, al llegar a aquel puerto, exclama desilusionado: «Pero ¿África es esto? [...] Un grupo de casas iguales que las de cualquier pueblo de España. Unas palmeras como se encuentran en los paseos de la más vulgar ciudad de Europa [...] África ha de ser calor y sed. Camellos bajo un cielo encendido, sobre la tierra cansada y seca. Alcazabas y morabos. Viento cálido del desierto»²⁰. Francesc Esteve tiene la misma percepción en la moderna ciudad de Túnez que, «nacida con la administración francesa [...] llama poco la atención». Y añade que sus compañeros de viaje se sienten decepcionados porque «llevan de África la imagen literaria abocada al tipismo que dejaron los escritores románticos y los viajeros del tiempo que precedió a la ocupación europea; una imagen todavía mantenida por la propaganda turística»²¹.

Las referencias a la civilización cristiana pre-islámica también están presentes en sus textos. Joan Roig y Francesc Esteve, por ejemplo, destacan la antigua presencia cristiana: Cartago contó con «veintidós basílicas cristianas, y su patriarca merecía tanta consideración, que únicamente el Papa le sobrepasaba en categoría»; y en Hadrumantum encontró «el Cristianismo un ambiente propicio, extendiéndose tanto la nueva religión que por los numerosos mártires que rindió en el tiempo de las persecuciones la denominaron «Tierra de Santos»²². Tal vez, estas reflexiones de carácter religioso pudieran enmarcarse en los

¹⁸ Litvak, 1990 ; Marín, 1992, 1996 y 2002 ; Garcia Ramon, Nogué, 1999 ; y Garcia Ramon, Luna, Riudor, Zusman, 2005.

¹⁹ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 123.

²⁰ Del Real y Ramos, 1934, pp. 16 y 20.

²¹ Esteve Gálvez, F., 198, p. 12.

²² Roig i Font, *op. cit.*, p. 304 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 16.

intentos eurocéntricos de justificar la expansión colonial europea en unas tierras que formaron parte del ámbito cultural y político del Imperio romano –considerado una de las cunas de la civilización occidental–, y que había caído bajo el dominio islámico en la Edad Media. En este sentido, algunos colonialistas franceses loaban la labor de Francia al «reintegrar» el Magreb al mundo cristiano-occidental. Tal es el caso, por ejemplo, de Louis Bertrand, miembro de la Académie Française y «trobador oficial» del Gouvernement Général de l'Algérie, quien tuvo como tema principal en sus obras «el de una Berbería cristiana simbolizada por el personaje de San Agustín, largo tiempo sometida a los invasores orientales y que había vuelto al seno de Occidente y de la cristiandad, gracias a Francia»²³.

Ambos viajeros también destacan algunas positivas aportaciones del colonialismo francés, como el buen estado de conservación de «todas las [carreteras] de Túnez», o los «nuevos recursos técnicos que desplazan ventajosamente los procedimientos tradicionales en los oficios»²⁴, por ejemplo.

Pero la formación académica y el interés intelectual de la mayor parte de nuestros protagonistas motivarán que en muchos de sus comentarios contradigan opiniones muy generalizadas en aquella época, e incluso en la actual, y vayan más allá de los tópicos. Por ejemplo, mientras que el capellán que viajaba en el crucero se burla «groseramente» de la leyenda que narra cómo los ángeles acudieron en ayuda de los constructores de la mezquita de Sidi Uqba en Kairouan trayendo desde La Meca una columna que faltaba para finalizar el recinto; la mayor parte de los cruceristas critican su actitud²⁵ y manifiestan una actitud respetuosa con los musulmanes. Al respecto, Guillermo Diaz-Plaja comenta que el guía les había recomendado respeto para las costumbres y creencias antes de entrar en la mezquita: «Os pedimos un poco de respeto. La mezquita no es un sagrario; no contiene la estatua de ningún dios. Es simplemente un lugar puro, limpio, para orar [...] visitadlo todo. Ningún precepto del Corán impide a los cristianos la entrada a las mezquitas. Al contrario. Nosotros sentimos que todos: musulmanes, israelitas y cristianos somos la misma cosa y estamos sometidos al mismo Dios». Y ante este discurso se pregunta: «¿Dónde

²³ Lacoste, 1980, p. 102.

²⁴ Roig i Font, *op. cit.*, p. 326 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 12.

²⁵ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 131.

está el fanatismo?»²⁶. No obstante, en este aspecto las opiniones no son unánimes. Esmeralda Gijón comenta que el guía «hace una digresión a propósito de las religiones y dice que todas son buenas, que todas mandan las mismas cosas [...] Desde el pozo donde está subido declara solemnemente que el Corán no prohíbe a los cristianos la entrada en las mezquitas; que ellos quieren que entremos para que las conozcamos»; y se pregunta: «No sé si atribuir estas palabras a un verdadero espíritu de tolerancia o a un afán de agradar a los turistas»²⁷.

Por otra parte, Lluís Nicolau d'Olwer y los cruceristas no sólo se refieren a los monumentos, el arte, los paisajes o las costumbres tunecinas sino que también incluyen en sus escritos comentarios sobre la situación social del país; «una clara realidad social que merecía ser observada y analizada»²⁸. Nicolau d'Olwer, sin realizar una expresa defensa del régimen de protectorado, analiza algunos problemas que lo pueden desestabilizar: los problemas «italiano», «obrero» e «islámico». Y añade que este último es más agudo en Kairouan, «la ciudad espiritual» de Túnez²⁹. Por su parte, Díaz-Plaja aborda el problema de la heterogeneidad de la población que vive en Túnez, las distancias que existen entre los «tres estamentos» —el «indígena», «el bajo pueblo italiano» y «los funcionarios y gente acomodada» de origen francés—, que provocan una gran «francofobia de los italianos», y una peligrosa actitud del Ministerio de Colonias del «Estado Fascista» italiano ante esta situación. Asimismo, se refiere a la agitación del movimiento «de reivindicación pan-islámica que va desde Arabia hasta el Magreb» y a las reacciones de la Administración colonial francesa que, en su opinión, resuelve los problemas «con una admirable discreción»³⁰.

Otra buena muestra del interés de los cruceristas por la situación político-social de Túnez es la conversación que mantuvieron con estudiantes tunecinos de una residencia bajo patronato francés en Susa, quienes les informaron de la falta de libertad intelectual que imponían las autoridades

²⁶ Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 38.

²⁷ Gijón Zapata, 2006, pp. 487-488.

²⁸ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 385.

²⁹ Nicolau d'Olwer, 1978.

³⁰ Díaz-Plaja, *op. cit.*, pp. 29 y 30.

francesas. La conversación tuvo consecuencias, pues, ante las claras connotaciones políticas de la charla, las autoridades coloniales sugirieron

a Manuel García Morente, responsable de la expedición, una rápida partida de Susa al regresar de Kairouan³¹.

Por último, también deben remarcar las numerosas comparaciones de los monumentos y lugares que visitaban con otros de España; aunque este hecho no trasluce menosprecio por lo visto, ni obsesión por su país; sino más bien un cierto agrado y recuerdos de la presencia musulmana en España. La costa tunecina les recuerda «los acantilados rocosos de algunas zonas de la costa española, abierta en ocasiones a pequeñas calas y playas»; las tiendas, los cafetines y las freidurías de la medina de Túnez les traen a la cabeza «cuadros similares vistos en Andalucía» —que atribuían «al común pasado islámico»—; Túnez, «cerca del puerto, recuerda vagamente a Valencia» por «aquella misma coloración multiplicada, cerca del mar»; Cartago rememora Numancia, «la heroica y mártir ciudad, también injustamente sacrificada por los romanos»; y, la llamada a la oración desde un minarete suena «con notas que recordaban el cante jondo andaluz»³².

5. El camino de Kairouan y la visión de la ciudad

Los viajeros entran en contacto directo con el desierto durante su aproximación a Kairouan. Los participantes en el crucero salen de Susa el 18 de julio, al mediodía, en autobuses. Este hecho provoca que el desplazamiento y la posterior visita a la ciudad se realicen en unas horas extremadamente calurosas: «el sol era abrumador», «el calor es también africano cien por cien», «calles ardorosas [...] polvo y sequedad. Se ha perdido toda la fresca y tibia suavidad mediterránea»³³.

³¹ Gómez Moreno, *op. cit.* y Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*

³² Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, pp. 123 y 124; Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 29 y Gómez Moreno, *op. cit.*, p. 417.

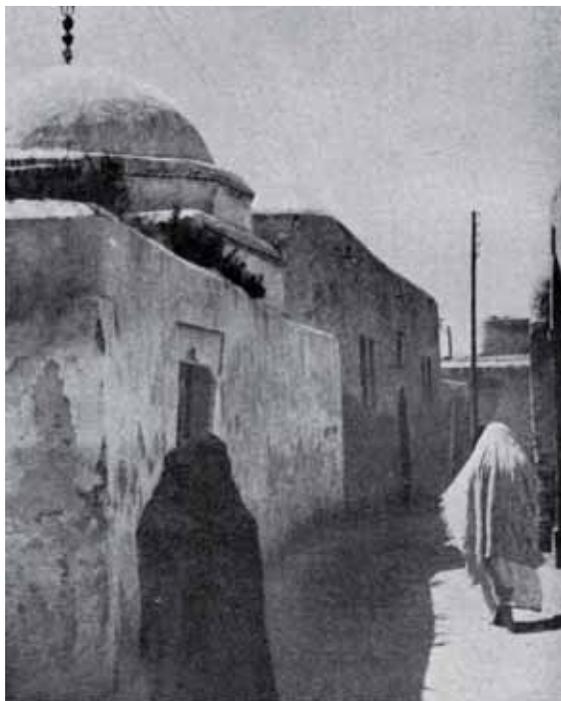
³³ Vicens Vives, 2006, p. 411 ; Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 21; y Marías Aguilera, 1934, p. 197.

Los turistas describen el paisaje entre Susa y Kairouan destacando la progresiva entrada en el desierto, su monotonía y aridez. Aunque algunos, como Julián Marías, por ejemplo, no se limitan a exponer una simple descripción, sino que ofrecen muestras de una capacidad literaria y reflexiva notable: «Sobre el campo, en el aire limpio, hay una luz exaltada, que esfuma, en fuerza intensa, el paisaje. La luz es algo que alumbra las cosas, pero al ser excesiva se convierte ella misma en objeto de visión por sí y tiende una sombra luminosa sobre el contorno. El campo está soñoliento y borroso. Las líneas son vagas e indefinidas; los ruidos se mezclan en un rumor confuso. Parece que las cosas, vencidas de pereza, no son capaces del esfuerzo de ser netas y claras. También las ideas, en aquel ambiente, son un balbuceo callado, sin articularse en una precisa expresión lógica»³⁴.

Asimismo, su formación académico-científica de nuestros protagonistas también se refleja en los textos. Jaime Vicens Vives es quien ofrece una visión más geográfica y detallada del recorrido: en la extensa llanura que conduce a la ciudad «el terreno seco, árido, estepario en una palabra, ofrece escasas ondulaciones. Todo lo que abarca la extensión de la mirada es una llano uniforme, con jarales en que pacen los camellos [...] pasado el poblado de M'Saken [...] la estepa se nos presentó desoladísima [...] Ninguna casa, ¡nada! Una pequeña tienda de beduinos cerca de algún miserable pozo de agua: poca cosa para tanta soledad [...] el lago salado de Sebkha Sidi-el-Haní, el mayor de esta región costera. Poco a poco irá desecándose, transformándose en extensa llanura de sal, como los innumerables chotts que bordean el desierto [...] A lo lejos el horizonte se interrumpe por las últimas estribaciones del Atlas, que corren hacia Constantina [...] Numerosos y anchos surcos cruzan aquí [en las proximidades de la ciudad] el suelo. Un poco de lluvia abre estos tajos profundos, cuyo fondo está lamentablemente seco. Pero, un poco después, los mismos tajos empiezan a contener agua»³⁵. Estos comentarios ponen de manifiesto el temprano interés por la geografía del que llegaría a ser un prestigioso historiador.

³⁴ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 196.

³⁵ Vicens Vives, *op. cit.*, pp. 411-412.



Fotografía 1: «Kairouan»

Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 264-265.

Al aproximarse a Kairouan, la visión de la ciudad les produce una agradable sorpresa porque «parece recibir acogedora al forastero» y proporciona «una visión de ensueño»³⁶. Desde lejos, Esmeralda Gijón aprecia su «silueta plana, de perfiles horizontales rotos por pequeñas bóvedas semiesféricas y los minaretes de las mezquitas, sobre un cielo de azul rabioso por la intensidad del sol [...] Es la verdadera ciudad del desierto, aplastada, huyendo de la atmósfera, blanca para rechazar el calor, de perfiles perfectamente delineados en una atmósfera transparente»³⁷ [Fotografía-1].

³⁶ Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 487.

³⁷ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 487.

6. Una ciudad africana, árabe, musulmana y santa

El 18 de julio los cruceristas visitan Susa, Hadrumentum y Kairouan, y encuentran «tres de las múltiples Áfricas posibles». Carlos A. del Real descubre «el África costera, colonial, militar y mercante» en Susa, «el África romana y cristiana» en Hadrumentum, y «el África sin Europa [...] el África del todo [...] el África musulmana cien por cien» en Kairouan. Unos años antes, Lluís Nicolau d'Olwer ya había afirmado sobre Kairouan: «ninguna otra ciudad os alejará tanto como ésta del mundo occidental»³⁸.



Fotografía 2: «Un encantador de serpientes».
Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 24-25.

Allí, los participantes en el crucero encuentran «las primeras referencias visuales del África soñada, no sólo el desierto que ya habían contemplado, sino los camellos e incluso los encantadores de serpientes; esto les permitió rechazar, al menos por unos momentos,

³⁸ Del Real y Ramos, *op. cit.*, pp. 20 y 21 y Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, p. 29.

la imagen de territorio excesivamente occidentalizado por la acción colonial que habían visto hasta el momento en Túnez»³⁹. Para Esmeralda Gijón «la primera ciudad oriental» del viaje; y para Guillermo Díaz-Plaja «el plato fuerte» de la visita a Túnez⁴⁰.

Pero Kairouan también había sido un cruce de comunicaciones entre el Sahel y el Mediterráneo, y entre «Occidente» y «Oriente», como había comentado Manuel Gómez Moreno⁴¹. Y Carlos A. del Real advierte influencias africanas: «Pero África no se rinde. Lo que vino de Oriente y se mezcló con lo indígena, no bien romanizado, sigue en pie. Y ahí está, para probarlo, el encantador de serpientes» [Fotografía-2]; mientras que Esmeralda Gijón subraya su estratégica situación entre el mundo occidental y el oriental, que provoca la llegada de influencias del mundo occidental y del oriental: «es el punto medio donde chocan las influencias occidentales y orientales», como lo demuestran, por ejemplo, las similitudes entre las mezquitas de Córdoba y de Sidi Uqba, o los mosaicos llegados de Bagdad o fabricados en la ciudad por obreros venidos de allí⁴².

También efectúan comentarios sobre la ubicación concreta de la ciudad. Joan Roig asegura que Uqba la levantó en un lugar «perdido en la estepa tunecina» por su «buen sentido práctico», pues «en la costa habría estado siempre a merced de la flota bizantina. Tampoco le convenía hacerla demasiado cerca de las montañas, sólidamente ocupadas por los bereberes, quienes no miraban con buenos ojos a los invasores árabes. Se ha supuesto que dicha elección podía obedecer también en gran parte a cruzarse allí diferentes rutas» de caravanas. Por su parte, Jaume Vicens Vives añade otras consideraciones geoestratégicas al señalar que se sitúa ocupando una importante «posición estratégica en la línea que conduce del Atlas a Susa». Y Francesc Esteve recuerda que fue «una base de operaciones que le valió al Islam el África Menor atrayéndose a los indígenas y expulsando a los bizantinos»⁴³. Aunque no todos coinciden con estas interpretaciones.

³⁹ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*, p. 131.

⁴⁰ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 487 y DIAZ-PLAJA, *op. cit.*, p. 37.

⁴¹ Véase también Laroui, *op. cit.*

⁴² Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 23 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489.

⁴³ Roig i Font, *op. cit.*, p. 328; Vicens Vives, *op. cit.*, p. 411 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17.

Esmeralda Gijón se deja llevar por el sentimentalismo e imagina otras razones menos prosaicas: «Situada en una llanura de agua salada, y por la proximidad de una ciudad grande y poderosa como Susa, no tenía razón de existir. Más que a una causa de expansión natural, debe su existencia al capricho de un caudillo que no quiere establecerse en la ciudad conquistada y funda una alreodador de su campamento. Sidi Oqba ben-Nasi [Uqba ben Nafi], como buen hijo del desierto, beduino, encontraba estrechos los muros de una ciudad, y funda un campamento permanente para vigilar lo conquistado; una ciudad en medio del desierto, donde pudiera evocar su patria y contemplar sin obstáculos las estrellas»⁴⁴.

Para destacar la importancia de la religión musulmana, Nicolau d'Olwer comenta que existen 165 mezquitas y zawiya. Sobre éstas últimas explica que son centros que proporcionan a los habitantes «un grado de cultura muy superior» al de los pocos europeos que viven en la ciudad. El elevado número de centros religiosos, la religiosidad de sus habitantes y los escasos europeos instalados en un pequeño barrio extramuros favorecen que apenas haya sido «contaminada» y que se haya mantenido «impermeable» a la influencia occidental⁴⁵. Las numerosas mezquitas y el carácter religioso sirven al joven Julián Marías para dar muestras de su futura capacidad filosófica y literaria al opinar que Kairouan no alberga muchas mezquitas, sino que la propia ciudad «es una mezquita grande y fuerte»⁴⁶.

La cualidad de «santa» también es recogida específicamente por los viajeros. Joan Roig asegura que es reconocida «por la fama de sagrada que conserva desde su fundación. Ha sido siempre considerada como la ciudad santa del Magreb». Para subrayar esta cualidad, comenta que siete peregrinaciones a Kairouan equivalen a un peregrinaje a La Meca para los musulmanes tunecinos y que muchos creyentes quieren ser enterrados en las cercanías de sus muros, por lo que existen numerosos cementerios en sus proximidades. Esmeralda Gijón, por su parte, añade que es un centro de estudios religiosos y «una de las cuatro puertas del mundo que conducen al paraíso»⁴⁷.

⁴⁴ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488.

⁴⁵ Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, pp. 29 y 35.

⁴⁶ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 197.

⁴⁷ Roig i Font, *op. cit.*, p. 327 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488.

Los participantes en el crucero apenas pasan una tarde en la ciudad, por lo que sus descripciones de la ciudad son bastante escuetas. No es el caso de Lluís Nicolau d'Olwer y Joan Roig, quienes habían permanecido mayor tiempo en Kairouan, y la visitan y describen con mayor detenimiento. Ambos recorren las puertas de la ciudad, y visitan el pozo de Bir Barrouta, la cisterna construida por el emir Abu Ibrahim Ahmed, alguna *zawiya*, y los zocos del cuero y las alfombras. En este último, Joan Roig describe los diferentes tipos de alfombras que se elaboran y subraya que las tejedoras «llevan una vida muy miserable, pues trabajan horas y más horas durante el día, en una especie de obrador pequeño, oscuro y lleno de telarañas». Y Nicolau d'Olwer se lamenta de que el dibujo y la coloración de las alfombras «se europeiza (es decir, se degradan) lamentablemente», aunque «la técnica del oficio se conserva pura»⁴⁸.

7. La visita a las mezquitas de los Sables, del Barbero y de Sidi Uqba

Todos los viajeros visitaron tres de las mezquitas más famosas de la ciudad: la de los Sables, la del Barbero y la Gran Mezquita, o mezquita de Sidi Uqba. En el caso de los cruceristas, el acceso y la visita había sido organizada por la *Résidence Générale du Protectorat Français* —tras las gestiones realizadas por el Consulado General de España en Túnez—, quien había dado «orden al Sindicato de Iniciativa Local de Kairouan para que facilitara la visita, esencialmente mediante la designación de guías para el acceso a las tres mezquitas». Además, el cónsul Juan Bautista Antequera consiguió la gratuidad en la visita apelando al *Controleur civil de Kairouan*⁴⁹.

Al margen de las descripciones que sobre cada una de ellas hacen los viajeros, Julián Marías establece diferencias conceptuales entre ellas —«cada una responde a un modo de religiosidad musulmana»— y Francesc Esteve las contextualiza históricamente en el ambiente estepario en el que se encuentra la ciudad: «obras grandes y macizas, que doradas o enrojecidas por el Sol se hacen todavía más pesadas sobre la tierra desnuda. Un esfuerzo constructivo que se desliga del entorno y que si no conociéramos su historia no podríamos entenderla de ninguna manera»⁵⁰.

⁴⁸ Roig i Font, *op. cit.*, p. 331 y Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, p. 39.

⁴⁹ Gracia Alonso, Fullola i Pericot, *op. cit.*

⁵⁰ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 197 y Esteva Gálvez, *op. cit.*, p. 17.

La mezquita de los Sables –la primera que visitan los cruceristas- ofrece un escaso valor artístico, por lo que apenas les llama la atención. Para Carlos A. del Real su interior sólo tiene «interés pintoresco»; apreciación bastante similar a la que habían manifestado Lluís Nicolau d’Olwer y Joan Roig y anteriormente. El primero se había limitado a reseñar que se trataba de la «más popular de todas las mezquitas» de Kairouan, mientras que el segundo solamente había destacado «las airoas cúpulas» que la cubren en el exterior⁵¹.

A continuación, los participantes en el crucero se dirigen a la mezquita del Barbero. Este edificio les despierta mayor interés y Julián Marías la considera «de un arte sutil y cerebral. Arcos perfectos, apoyados en capitales de armonía serena. Una belleza grata [...] Allí se han roto las amarras y se ha huido absolutamente del desierto. Es una mezquita que hago coincidir sentimentalmente con el oasis: es el descanso verde y fresco después del camino»⁵².

Algunos años antes, Joan Roig había destacado su patio principal: «el más suntuoso de todos [...] rodeado de elegantes pórticos». Sin embargo, opina que la puerta y las dos ventanas de la qubba son un «trabajo italiano de un barroquismo de muy mal gusto» que desentonan en el conjunto. El origen italiano de estos elementos le sirve a Carlos del A. del Real para reflexionar sobre la progresiva expansión de la influencia occidental en el Magreb: «Las puertas [...] hablan de una expansión vital de Occidente que no tiene nada que ver con penetraciones más o menos pacíficas, pero que empezó a asegurar el dominio de Europa sobre África mucho antes de que hubiese Ministerios de las Colonias»⁵³.

Pero la visita culminante es a la Gran Mezquita: «razón fundamental de haber venido nosotros a Kairouan», «el único objeto de nuestro viaje a Kairouan», ya que se trata de una «obra de las más importantes en la arquitectura musulmana en Occidente»⁵⁴.

⁵¹ Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 22; Nicolau d’Olwer, *op. cit.*, p. 39 y Roig i Font, *op. cit.*, p. 334.

⁵² Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 197.

⁵³ Roig i Font, *op. cit.*, nº 426, p. 336 y Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 23.

⁵⁴ Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488.

Los visitantes se sienten impresionados por su aspecto exterior —«es de una impresión aplastante por su grandeza; atrae su inmensidad con una fascinación de vértigo»— y por el enorme patio a través del que acceden a su interior. Sobre el patio, Francesc Esteve comenta que con su «suelo desnudo sin sombra acogedora ni el frescor del agua» no da «la sensación de estar en una mezquita, sino en un recinto fortificado». Similares reflexiones realiza Julián Marías —«es algo vacío, en fuerza de ser sencillo y grande [...] el anchísimo patio; lo que allí importa es el espacio mismo [...] nada es gracioso; sino rudo y ancho»— pero, una vez más, sus opiniones contienen ideas que trascienden la mera descripción: «la gran mezquita, tan grande y tan vacía, con vaciedad que acentúa su grandeza, y al contrario es también una poderosa llamada en silencio»⁵⁵ [Fotografía 3].

A mediados de los años veinte, Lluís Nicolau d'Olwer ya había destacado el elevado valor arquitectónico y artístico del interior de la mezquita —«maravillas del arte de la madera hay también en los techos, en el púlpito y en las puertas: maravillas de metal en las lámparas, que rezan silenciosas»— y, especialmente, del mihrab —«hecho de cerámica y de plafones de madera, es considerado como la obra más admirable de la decoración árabe»⁵⁶— pero, como el propio Nicolau d'Olwer, Francesc Esteve no puede dejar de comentar que se aprecian numerosos elementos romanos y bizantinos: «las trece docenas de columnas y capiteles que hay dentro del santuario, las que hay en el patio [...] han venido de los monumentos romanos y bizantinos de Susa (la antigua Hadrumetun) y de Cartago», y al observar «cómo se ensamblan en la obra lápidas y fragmentos arquitectónicos uno percibe rápidamente que toda aquella piedra salió de las ruinas de ciudades romanas de África. Dicen que Leptis Magna, ya en la Tripolitania, fue la más saqueada y parece que de allí vinieron las columnas más bellas del «haram» o sala de oraciones». Este último también subraya las influencias orientales —buena muestra de ello son «los grandes azulejos dorados del mihrab, que según cuentan una mitad vino de Damasco» o «las maderas delicadas trabajadas del mimbar, el único mueble oriental abasí del siglo IX que se conoce»⁵⁷—, y muchos de los viajeros las provenientes de la mezquita de Córdoba.

⁵⁵ Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489; Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 17 y Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 198.

⁵⁶ Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, p. 32.

⁵⁷ Nicolau d'Olwer, *op. cit.*, pp. 30 y 32 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, pp. 17 y 18.



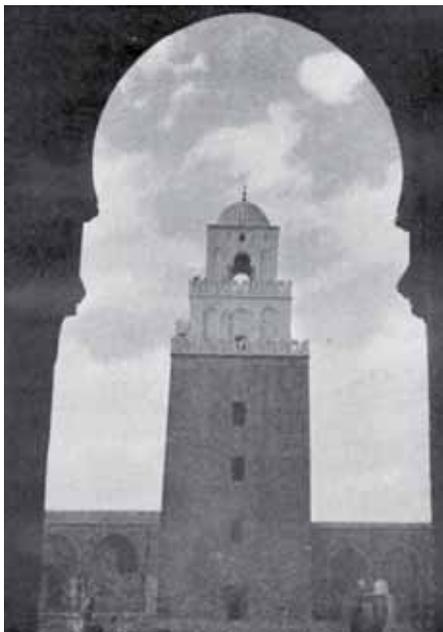
Fotografía 3: «Patio de la Gran Mezquita»
Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 16-17

La mayoría destacan el ascendente y el superior nivel arquitectónico del edificio andalusí: la disposición interior está «influida por la de Córdoba»; «aparecen muchas semejanzas con la mezquita de Córdoba que, indudablemente, se deben a la influencia andaluza»; los arcos de la nave central están «sostenidos por un sistema de atirantado [que] restan belleza al edificio. Esta misma disposición está salvada en Córdoba por dobles arcos que le dan un aspecto peculiar, único en el mundo»; «lo indudable es que nuestra mezquita es mucho más bella que ésta»; el sistema «para asegurar la cubierta del haram» consiste en enlazar los arcos «con listones, que forman como un emparrillado por encima de los capiteles, cosa que afea las naves y les da la visión aparente de un techo más bajo de lo que es, nada comparable a la solución cordobesa de estirar los cimacios y enlazarlos con los arcos, alzando las naces y haciéndolas diáfanos»⁵⁸.

Sin embargo, algunos matizan estas apreciaciones y destacan la importancia de Kairouan en la época. Guillermo Díaz-Plaja insiste en que el interior de la mezquita «recuerda insistentemente a la de Córdoba», pero añade que ambas ciudades tuvieron «una importancia paralela en la Edad Media, pues polarizan todas las actividades de la religión y de la cultura del Islam», y concluye: «las influencias mutuas

⁵⁸ Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412; Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 488; Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 22 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 18.

son numerosísimas». Mientras que Francesc Esteve Gálvez agrega a sus comentarios: «Kairouan se adelanta al Al-Andalus en un elemento constructivo: la cúpula; y en otro decorativo: el azulejo»⁵⁹.



Fotografía 4: «Minarete de la Gran Mezquita»
Fuente: Del Real, Marías, Granell, 1934, entre pp. 200-20

Los viajeros también describen el minarete —«con sus tres elevados cuerpos [...] reclama nuestra atención. Es una torre cuadrada, de tres cuerpos en progresión decreciente. En el central lleva arcos de herradura muy cerrados, seguramente para descargar el peso del piso superior. El conjunto es elegante y bien proporcionado»— [Fotografía 4] y ascienden hasta lo alto, desde donde observan la ciudad: «se contempla el panorama de la ciudad aplastado bajo el sol de la tarde. Ciudad blanca, horizontal. De las terrazas emergen tímidamente los cascarones de las cúpulas y, alguna vez, en arranque de audacia, los minaretes de las mezquitas. Desde aquí se puede contemplar la ciudad en perspectiva; desde el suelo no la tiene»⁶⁰. Pero es de nuevo Julián Marías quien vuelve a realizar unas reflexiones más profundas

⁵⁹ Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 38 y Esteve Gálvez, *op. cit.*, p. 18.

⁶⁰ Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412 y Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489.

sobre la importancia de la religión en la ciudad cuando escribe que a Kairouan «se lo advierte en una estrecha subordinación a la mezquita, que lo hace vivir —¿todavía?— con su espíritu. No está la mezquita en Kairouan, sino que Kairouan se recuesta en torno a la mezquita»⁶¹.

8. La salida de Kairouan

La ciudad deja a los viajeros profundamente impresionados pues han entrado en contacto con la ciudad «oriental» que tanto anhelaban y se refieren con melancolía y emoción a la salida: «Dejamos a Kairouan encerrado en sus murallas. Las cúpulas y los minaretes se asoman para despedirnos; la ciudad oriental blanca y silenciosa queda escondida en su harem»; «Kairouan se queda atrás. Sus murallas y sus mezquitas; su Kasbah [...] y su madraza [...]; sus callejas y sus azoteas. Todo se aleja, entre el terreno desértico. El África mahometana y fortificada, el África de sueño turbado por amenazas de invasiones y por profetas guerreros, se pierde para nosotros. Quizá para siempre. No importa. Ya la hemos hallado y ya ha sido nuestra»⁶².

Y las inquietudes intelectuales de algunos cruceristas van más allá de las reflexiones que podrían expresar unos simples turistas. Y ciertos comentarios de los guías o la situación sociopolítica de la ciudad, y del país, les llevan a interrogarse sobre su futuro: «¿Llegarán un día estos hombres silenciosos y severos a realizar un sueño racial, de reconquista de su dignidad?»; «Por el camino conjeturábamos el destino que el porvenir reservará a Kairouan ¿Volverán nuevos días de esplendor? ¿Será la capital de una nación bereber? Nadie lo puede decir»⁶³.

9. Conclusiones

En las décadas de 1920 y 1930, en pleno periodo colonial, un pequeño, pero escogido, grupo de turistas españoles visitaron Kairouan; la ciudad santa del Magreb para los musulmanes.

⁶¹ Marías Aguilera, *op. cit.*, p. 198.

⁶² Gijón Zapata, *op. cit.*, p. 489 y Del Real y Ramos, *op. cit.*, p. 24.

⁶³ Díaz-Plaja, *op. cit.*, p. 38 y Vicens Vives, *op. cit.*, p. 412.

Estos viajeros reflejaron gran parte de los tópicos orientalistas existentes en la época en sus relatos pero, a diferencia de otros turistas, también recogieron numerosas opiniones y apreciaciones que ponen de manifiesto que no se trataba de burgueses, más o menos cultivados, que se desplazaban a regiones «exóticas». En realidad eran un grupo de personas que contaban con una buena formación académica y que eran, o serían, destacados miembros de la intelectualidad española.

Por esta razón, más allá de los típicos comentarios sobre la religión y las sociedades musulmanas, o sobre las « bondades » de la acción colonial, se interesan y reflexionan por la situación social y política del Túnez colonial, incluyen numerosas referencias geográficas e históricas, realizan cultas descripciones del paisaje y de los monumentos que visitan, o manifiestan una actitud sobre la religión musulmana más respetuosa que las opiniones generalizadas en aquellos años.

Sus comentarios proporcionan una valiosa información sobre la visión del mundo arabo-musulmán que tenían una parte de las élites intelectuales españolas a principios del siglo XX; una visión que, como no podía ser de otra manera, era mucho más compleja y profunda que la recogida en numerosas publicaciones de la época.

Bibliografía

- Coma Soley, M. (1926), *De Barcelona al Caire, passant pels Dardanel·ls. (Divagacions d'un turista)*, Barcelona, Llibreria Verdager.
- Del Real y Ramos, C. A. (1934), «Diario de un estudiante viajero», en C. A. del Real, J. Marías, M. Granell (1934), *Juventud en el mundo antiguo. (Crucero universitario por el Mediterráneo)*, Madrid, Talleres Espasa-Calpe, pp. 9-189.
- Del Real, C. A., Marías, J., Granell, M. (1934), *Juventud en el mundo antiguo. Crucero universitario por el Mediterráneo*, Madrid, Talleres Espasa-Calpe.
- Díaz-Plaja, G. (1935), *Cartes de navegar*, Barcelona, Llibreria Catalònia.
- Ecudero, L. (2002), «El nacimiento del turismo. La moda de Egipto», *Boletín de la Sociedad Geográfica Española*, 13, pp. 124-139.
- Esteve Gálvez, F. (1985), *A l'entorn de les aigües lluminoses: el creuer universitari, 1933*, Castelló de la Plana, Diputació de Castelló.
- García Ramon, M. D., Luna, A., Riudor, L., Zusman, P. (2005), «"Roda el món i torna al Born": geografies imaginàries dels viatgers catalans al Caire (1889-1934)», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 60, pp. 71-85.

- García Ramon, M. D., Nogué, J. (1999), «Enseñanza de la geografía en Marruecos, monografías regionales y libros de viajes», en J. Nogué, J. L. Villanova (eds.). *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, pp. 341-374.
- García-Romeral, Pérez, C. (1995), *Bio-bibliografía de viajeros españoles. Siglo XIX*, Madrid, Ollero y Ramos.
- (1997), *Bio-bibliografía de viajeros españoles, 1900-1936*, Madrid, Ollero & Ramos.
- Gijón Zapata, E. (2006), «Diario personal de Esmeralda Gijón Zapata», en F. Gracia Alonso, J. M. Fullola i Pericot (2006), *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 473-534
- Gómez Moreno, M. E. (1995), *Manuel Gómez-Moreno Martínez*, Madrid, Ed. Fundación Ramón Areces.
- Gracia Alonso, F., Fullola i Pericot, J. M. (2006), *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- Lacoste, Y. (1980), *Ibn Khaldoun, naissance de l'Histoire passé du Tiers Monde*, Paris, François Maspero.
- Laroui, A. (1995), *L'Histoire du Maghreb: un essai de synthèse*, Casablanca, Centre Culturel Arabe.
- Litvak, L. (1990), «Exotismo del Oriente musulmán fin de siglo, *Awraq. Revista de Análisis y Pensamiento sobre el Mundo Árabe e Islámico Contemporáneo*, XI, pp. 73-103.
- Marías Aguilera, J. (1934), «Notas de un viaje a Oriente», en C. A. del Real, J. Marías, M. Granell (1934), *Juventud en el mundo antiguo. (Crucero universitario por el Mediterráneo)*, Madrid, Talleres Espasa-Calpe, pp. 191-254.
- Marín, M. (1992), «The Image of Morocco in Three 19th Century Spanish Travellers», *Quaderni di Studi Arabi*, 10, pp. 143-158.
- (1996), «Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1921)», *Hispania. Revista Española de Historia*, 192, pp. 93-114.
- (2002), «Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos», en F. RODRÍGUEZ MADIANO, H. DE FELIPE (eds.), *El Protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 85-110.
- Martín Corrales, E. (2006), «Un siglo de viajes y viajeros catalanes por tierras del norte de África y Próximo Oriente (1833-1939): peregrinos, nostálgicos y colonialistas», *Illes i Imperis*, 8, pp. 83-111.

- Miret y Sans, J. (1910). «Fra Anselm Turmeda en la ciutat de Tunij. Una visita a la tomba del escriptor català», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 180 y 181, pp. 1-16 y 33-41.
- Nicolau d'Olwer, L. (1978), *El pont de la Mar Blava. Notes de viatge per Tunísia, Sicília i Malta*, Barcelona, Proa.
- Pérez de Olaguer, A. (1934), *Mi vuelta al mundo*, Barcelona, Juventud.
- Pijoan, J. M. (1930), *El Congrés Eucarístic Internacional de Cartago. Impressions*, Barcelona, Foment de Pietat.
- Riudor, L. (2008), «Entre la curiositat i el plaer: del viatger al turista o la mutació d'una espècie», en M. D. Garcia Ramon, J. Nogué, P. Zusman (eds.), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès editors, pp. 137-171.
- Roig i Font, J. (1930), «Notes d'una excursió per l'Àfrica romana», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 417, 418, 425, 426 y 427, pp. 37-51, 69-82, 293-306, 325-345 y 357-375.
- Vicens Vives, J. (2006), «Diario personal de Jaume Vicens Vives», en F. Gracia Alonso, J. M. Fullola i Pericot (2006), *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo de 1933*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 397-458.
- Villanova, J. L. (2006), «El excursionismo catalán exótico: el Norte de África (1876-1936)», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 210. <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-210.htm>
- (2008), «L'excursionisme català i els viatges a l'Àfrica», en M. D. Garcia Ramon, J. Nogué, P. Zusman (eds.), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès editors, pp. 83-112.